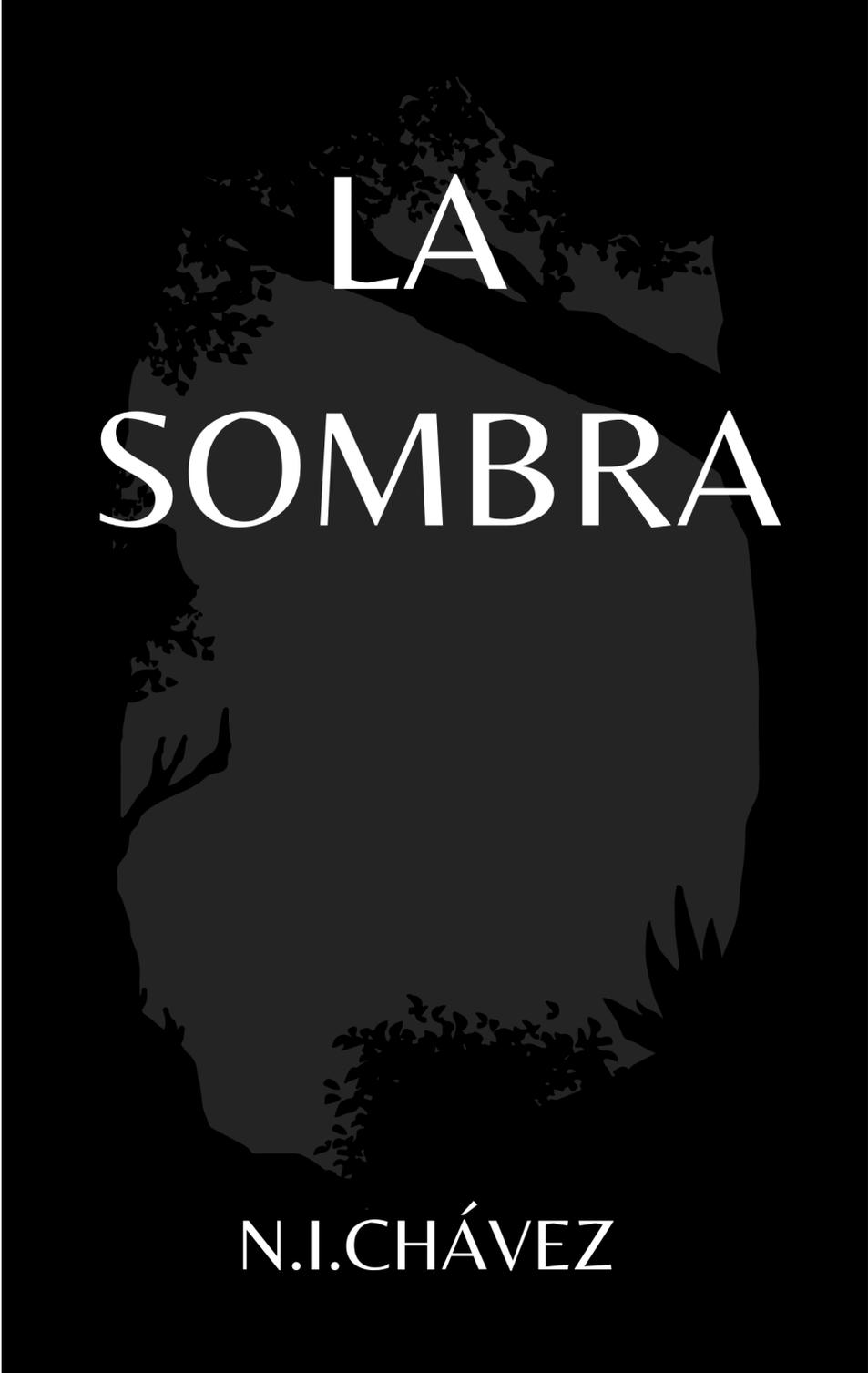


LA SOMBRA

Ignacio Chavez Berrios



LA
SOMBRA

N.I. CHÁVEZ

Capítulo 1

Jamás imaginé que este día llegaría.

A decir verdad, siempre me consideré una persona feliz en la medida en que se puede ser feliz en esta vida. Proveniente de una familia tan humilde como decente. Con un empleo que, si bien no es el mejor, al menos si es bien pagado. Rodeado de buenos amigos y una mujer que me ama y a la cual amo con todo mi ser. ¿Qué más puede pedir un hombre? Sí; hay muchas más cosas que un hombre puede llegar a codiciar, pero para mí con eso basta, y con eso soy más que feliz.

Sin embargo, todo cambió para siempre cuando ocurrió lo que ahora les contaré – a quien sea que llegue a leer esto –, y durante algún tiempo creí que lo que pasó aquella noche; lo que vimos aquella noche de invierno con dos de mis mejores amigos, no había sido otra cosa más que una alucinación producto del LSD que habíamos consumido con el fin de pasarlo bien; pero con el paso del tiempo y de los días, y sobre todo en esta última semana, me he llegado a convencer de que todo fue real. Ahora estoy muy seguro de ello. Fue muy real. Más aún, después de darle vueltas a las últimas conversaciones que tuve con mis dos amigos presentes en aquella maldita madrugada, antes de que ambos fueran encontrados muertos en circunstancias que solo conducían al suicidio.

Si hace dos semanas atrás me hubieran dicho que mis amigos se suicidarían, jamás habría creído en esa idea. Ni por un segundo.

Hasta ayer. Cuando en uno de los funerales volví a ver aquella maldita sombra.

Recuerdo que era una noche de mediados de julio. Había estado lloviendo durante cuatro días seguidos – esto lo recuerdo muy bien, ya que hace más o menos una década que no llovía de esa manera en mi ciudad. Además, todo esto solo sucedió hace un mes –, hasta que las nubes y el agua decidieron darle paso al sol para asomarse. Luego de dos días totalmente soleados, y asegurándonos de que ya todo estaba seco, nos pusimos de acuerdo con Víctor y Luis para ir al potrero donde solíamos juntarnos para *vacilar*. Así que esperamos a que atardeciera para reunirnos.

Eran las seis de la tarde en punto cuando nos reunimos cerca de una de las entradas del potrero. Como esta quedaba cerca de la casa de los tres, no nos tomó mucho tiempo reunirnos. Desde ahí, donde nos encontramos, comenzamos a caminar en dirección a una botillería ubicada tres calles más abajo, conversando de cosas rutinarias, haciendo monto para el alcohol y poniéndonos de acuerdo con que sería lo que beberíamos en

aquella ocasión.

Finalmente, nos decidimos por dos cajas – de dos litros cada una – de vino tinto merlot, junto con tres vasos plásticos.

Hicimos el mismo camino de regreso a la entrada del potrero entre risas y conversaciones triviales. Estábamos entusiasmados con la idea de viajar y ninguno de nosotros iba con *malas vibras*.

Nadie quería mal viajar.

Ingresamos al potrero a través de unas rejillas de alambres que torpemente impedían el paso – o al menos eso intentaban –. Luego cruzamos el canal que atraviesa el potrero. Y finalmente, la línea férrea del tren que suele circular por acá.

Una vez superados todos estos obstáculos, nos fuimos adentrando en el potrero. Recorrimos cerca de trescientos metros de terreno solo habitado por poco más de quince sauces y la diversidad de maleza y yerbas que crecen producto de la humedad. La oscuridad ya era casi total, de no ser por las luces de la carretera que se veían a lo lejos delante de nosotros. Dos minutos más tarde, decidimos que era buen lugar para sentarnos, ya que tanto las luces como las personas – sobre todo parejas que por esas cosas de la vida van de noche al potrero en busca de intimidad. O, de los niños que van a arrojar piedras al tren o ponerlas en las vías, o de los jóvenes y adultos que como nosotros iban a beber o drogarse – estaban lejos de nosotros. Porque el silencio es algo fundamental a la hora de viajar. A excepción de la música. Claro.

-esperemos que esta noche no esté tan helada – dijo Víctor cuando nos estábamos sentando en el suelo tras haber comprobado que estuviera seco –, porque no traje nada más que este estúpido chaleco para abrigarme – señaló el chaleco que llevaba puesto.

-pues yo no creo que sintamos mucho frío. A decir verdad – me adelanté señalando las estampillas de lsd que sostenía entre mis dedos –, esto, mi querido amigo, es todo el abrigo que necesitamos. Esto y San Merlot, que también está presente esta noche.

Reímos durante unos segundos, extasiados por la idea de lo que vendría más adelante. Mientras reíamos, Luis sacó de su bolso un parlante portátil. Lo encendió, y luego lo conectó a su teléfono celular vía bluetooth. La voz de Spinetta llenó la oscuridad en cosa de segundos, diciendo que esa nena no lo había dejado y él tampoco a ella. Luis se inclinó hacia atrás, he hizo el gesto de tocar una guitarra que solo él veía.

-creo que yo ya comencé a sentir frío – comentó Luis sonriendo astutamente – ¿sería usted tan amable de propinarme de esos abrigos,

amigo mío?

-eso es lo que *tení'* – respondió Víctor echándose a reír –, no te pierdes ninguna oportunidad de tomar o viajar.

Luis se encogió de hombros, diciendo que se declaraba culpable y todos volvimos a reír. Yo abrí una caja de vino y llené los tres vasos. Pasé uno a Luis, el otro a Víctor, y finalmente, di un sorbo de mi propio vaso antes de que los tres hiciéramos un brindis.

A esas alturas, ninguno de nosotros imaginaba que en ese momento estábamos iniciando el final de nuestras vidas.

Después de veinte minutos más o menos; hablando, riéndonos y bebiendo, había llegado el momento que todos estábamos esperando y para lo que nos habíamos reunido aquella noche. Saqué de mi bolsillo una pequeña bolsita hermética, de esas que parecen haber sido creadas con el propósito de almacenar drogas, y extraje tres diminutas estampillas de LSD envueltas en papel de aluminio. Las repartí entre mis dos amigos y dejé una para mí. En ese momento, la voz de Víctor Jara sonó limpia y hermosa rompiendo el breve lapso de silencio.

-buen viaje – dijo Luis, que ya había retirado el aluminio e introducido el pequeño cartón bajo su lengua.

-buen viaje – contestó Víctor repitiendo el mismo procedimiento hecho por Luis.

-buen viaje – respondí yo repitiendo el mismo "ritual".

Volvimos a llenar los vasos y brindamos bajo la luz de la luna, que comenzaba a asomar en el cielo por detrás de las montañas y la cordillera. Única testigo de lo que sucedería en las próximas horas.

El viaje había comenzado.

Eran pasada las ocho para cuando la *cosita* nos había pegado por completo. La primera caja de vino ya iba por menos de la mitad y el frío brillaba por su ausencia. La oscuridad era casi total, y el potrero parecía cada vez más y más grande. Las luces de la carretera se veían cada vez más lejanas, y frente a nosotros solo había hectáreas de un desolado potrero y su maleza.

Los colores aparecieron junto con las risas. El mundo parecía moverse bajo mis pies y sacudirse dentro de mi cabeza. Recuerdo que en un momento casi me orino de la risa cuando Luis dejó escapar un pedo que

sonó igual a una vieja tetera hirviendo.

Escuchamos The Doors, Pink Floyd, Pescado Rabioso, Black Sabbath, Jimmy Hendrix y mucha más música que uno oye cuando está viajando – al menos la que oíamos nosotros –. Reíamos de cosas sin sentido, hablábamos de cosas sin sentido y, a decir verdad, en ese momento estaba tan drogado que solo recuerdo vagos detalles. Pero lo que ocurrió más tarde no lo olvidaría nunca.

Las horas y las canciones pasaron una tras otra, y para cuando por fin pudimos volver a articular palabras ya eran las doce y treinta de la madrugada – sí, entre las nueve y las doce estuvimos tumbados a merced del ácido. Viajando en silencio con aquellas voces difuntas cantando para nuestros oídos. Aunque la verdadera voz de muerto aún no hablaba.

-esta mierda es de las potentes... está... buena – dije –, no me puedo ni el culo.

Traté de pararme, pero al final desistí. Reímos y Luis dijo.

-seee... si no fuera porque vi por donde salía mi orina, hubiera jurado que perdí el pene, porque no siento nada.

Volvimos a reír con más ganas.

-podríamos hacer una fogata – comentó Víctor cuando las risas cesaron un poco. Tomó la caja que aún tenía vino, ya que la otra se había acabado, y la meció con su mano comprobando cuanto quedaba, luego agregó –, porque la sangre del señor ya está llegando a su fin.

Víctor Rellenó los tres vasos, y cuando fue a beber, derramó un poco de vino sobre su chaleco, dejando una gran mancha roja sobre su cuello.

Recuerdo que en ese momento me pareció que era una gran mancha de sangre, pero no mencioné eso. Estaba demasiado drogado.

- ipecador! – bramó Luis – isi queda poco no lo botes! y si lo botas, que sea dentro de tu boca, no en tu ropa...

-ok... ok... a lo hecho pecho – dijo Víctor sarcásticamente – en fin ¿fogata?

Luis y yo asentimos.

Nos pusimos de pie y comenzamos a caminar, adentrándonos en el potrero en busca de leña seca, palos y ramitas para iniciar la fogata. Habíamos caminado unos cincuenta metros y la maleza ya nos llegaba a la altura de las rodillas. De pronto, Víctor se paró en seco y con expresión de

asombro.

-pero que mierda... – se agachó, y entre sus pies tenía algo enredado – ¿Qué hace un pantalón aquí en medio de la nada?

Era un desgastado pantalón de mujer. Un jean, ahí, abandonado. Sucio y oculto entre la maleza. Con un orificio en la parte del trasero. A más de medio kilómetro de la luz más cercana. Recuerdo haber sentido que una leve sensación de terror me recorría el cuerpo. Como si algún extraño sentido en mi intuyera que ahí había sucedido algo. *Acá dañaron a alguien*, pensé, pero ese sentimiento se desvaneció de inmediato.

-seguramente una pareja vino aquí a divertirse – dijo Luis soltando una pequeña risita y golpeando suavemente con su codo a Víctor – ya sabes, no serían los primeros. Yo mismo he venido un par de veces por aquí con alg...

-ya – interrumpió Víctor con tono nervioso –, y seguramente, cuando todo terminó, la chica olvido ponerse su pantalón y se devolvió sin el a su casa. Claro, eso es muy normal.

-quizás no sea nada más que lo que vemos – dije tratando de calmar los ánimos – no olvidemos que estamos en un potrero, y aún hay mucha gente que utiliza este lugar como un basurero para sus desechos – otro mal presentimiento me azotó y un nuevo escalofrío recorrió mi espalda cuando dije eso. Tratando de desviar el tema continué – ¿haremos fuego o no?

-sí – contesto Luis –, vamos por la leña.

-está bien – dijo Víctor poco convencido, y arrojó al suelo el pantalón que había estado sosteniendo entre sus manos –, continuemos.

Y lo hicimos.

Continuamos avanzando por aquel oscuro potrero, alumbrados solamente por la luz del celular de Luis y la exigua luz de la luna durante dos minutos. Recogiendo y cargando yesca y palos secos. El sucio jean que debió pertenecer a una mujer había quedado atrás entre la yerba. Caminamos al son de la música y bajo las pocas estrellas que perlaban el cielo. Nadie decía nada. Pero de pronto, casi como si fuera un *deja vu*, Víctor volvió a romper el silencio.

- ¡he! Me he enredado con alg...

No alcanzó a terminar la frase, y de inmediato pude ver el terror impreso

en su rostro cuando Luis lo alumbró con su celular.

-no es posible... – trémulamente desprendió aquello que nuevamente le había impedido seguir caminando y lo puso frente a su rostro. Luis seguía alumbrándolo con el celular, y pudimos ver lo que nos mostraba – ¡es el mismo puto pantalón! ¡No puede ser!, si acabamos de dejarlo por allá atrás... cómo es posible... ¡no puede ser!...

-eh tranquilo – dijo Luis, aunque él también ya se veía un tanto nervioso y asustado. Yo también lo estaba – es imposible que sea el mismo pantalón. Seguramente es uno parecido.

- ¿enserio crees que no es el mismo? – Víctor ya no hablaba, gritaba – ¿enserio eso crees? Porque mira – le acercó el pantalón a la cara a Luis, quien instintivamente retrocedió – ¡TIENE EL MISMO PUTO HOYO EN LA PARTE DE ATRÁS!

-Luis tiene razón – dije, tratando de que los nervios y el miedo no asomaran en mi voz –, es imposible que sea el mismo pantalón, Víctor. Tiene que ser una coincidencia. Una extraña y aterradora coincidencia. Además, y lo más importante, no te olvides que estamos drogados, así que no te mal viajes, por que se contagia.

Pero, a decir verdad, aquello fue un error, puesto que ni yo mismo terminé de convencerme de lo que decía. Víctor era quien tenía razón. El pantalón que acababa de encontrar era el mismo jodido pantalón que minutos atrás había vuelto a dejar en la maleza. Hasta el día de hoy me culpo por haber dicho lo que dije en ese momento, ya que al decirlo estaba incitando a que continuáramos con aquella estúpida búsqueda en aquel lugar, cuando lo más sensato, y lo mejor, habría sido dejar eso hasta ahí y volver hasta donde estábamos. Quizás, incluso irnos de ese maldito potrero oscuro y abandonado. Pero ahora estoy seguro de que lo que esa noche nos estaba esperando, ya tenía planeado eso desde un comienzo, quizás desde mucho antes. Ya nos conocía personalmente a cada uno y solo estaba a la espera de que nos encontráramos susceptibles y receptivos, y no nos dejaría marcharnos, aunque quisiéramos. Aunque gritáramos con todas nuestras fuerzas pidiendo ayuda. Nadie nos hubiera escuchado, porque aquello no quería ser molestado. Aquello no permitiría que por milagro o coincidencia alguien intercediera por nosotros. Aquello, esa noche, nos quería solo para él.

-ya, ya, ya – dijo Víctor tratando de calmarse así mismo, y supongo que lo hacía – puede que este ácido me esté pasando la cuenta y me haya puesto un poco paranoico, pero mierda, no me pueden negar que es repugnantemente igual.

-en eso estamos de acuerdo Vic. Hasta apesta como el otro – dijo Luis.

Víctor volvió a dejar el pantalón en el suelo y recogió los palos que estaba cargando antes de tropezarse de nuevo. Luis, que había pausado la música, volvió a darle play, y Spinetta volvió a cantar trayéndonos un poco de paz a todos. En ese momento pregunté si acaso ya estábamos bien con los palos que teníamos para la fogata, dado que llevábamos un buen rato en esa misión. El propio Víctor dijo que con unos cuantos más estaríamos bien. Luis también estuvo de acuerdo, así que avanzamos cerca de cincuenta metros más.

Grave error.

De pronto, el cielo se tornó más oscuro de lo que estaba. No sé si se nublo de repente, aunque lo dudo. O si fue por efecto de la droga – lo dudo aún más –. Pero de un momento a otro, las estrella y la luna menguante desaparecieron totalmente del cielo, dejándolo del color más negro que mis jóvenes ojos han visto hasta hoy.

La música que brotaba desde el parlante comenzó a distorsionarse extrañamente, como si la voz de quien cantaba hubiera sido sumergida en un fango. Sonaba gutural y burbujeante al mismo tiempo, y como si todo estuviera conectado, el suelo a nuestros pies también se volvió fangoso y lodoso, por lo que el peso de nuestros cuerpos hizo que nos hundiéramos un poco. Luis apagó el parlante en el mismo momento en que el aire se tornó denso, y el ambiente se sumergió en el hedor más repulsivo que pudiese existir. Un leve olor a hierro y vomito fue sustituido por la pestilencia de carne podrida y chamuscada, como si estuviéramos dentro de un osario y un crematorio al mismo tiempo, y en el suelo, comenzó a nacer una extraña sustancia negra y mucosa de la cual parecía provenir tal hedor putrefacto.

En ese momento, el vino salió expulsado de mi garganta producto del asco. Pude escuchar como Víctor y Luis hacían exactamente lo mismo: con las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza inclinada hacia abajo. Luego de unas cuantas arcadas secas, todos nos incorporamos exaltados y con los ojos vidriosos. El suelo manchado de vino de pronto pareció un río de sangre que trataba de tragarnos.

Entonces sonó un grito ahogado.

Luis estaba con los ojos tan abiertos que parecía que fueran a explotarle, su rostro se contrajo y palideció. Las piernas le flojearon. Por un momento pensé que se desmayaría. Pero no lo hizo. En cambio, lenta y trémulamente comenzó a levantar su mano señalando más adelante con su dedo índice.

-mi... mi... miren lo que ha... hay ahí.

Traté de seguir su dedo con mis ojos, hasta que por fin vi lo que nos estaba señalando.

A tres metros de donde nos encontrábamos parados – paralizados se acerca más a la definición de cómo nos encontrábamos en ese momento – yacía el cadáver de una mujer boca abajo, con la cabeza dada vuelta hacia atrás. Su rostro tumefacto tenía impreso una retorcida sonrisa que dejaba ver los pocos y podridos dientes y por la cual le salían gusanos. Sus ojos estaban abiertos, sin vida, aunque daban la sensación de estar observando. La mujer se encontraba desnuda y en avanzado estado de descomposición. Toda su ropa se hallaba alrededor del cuerpo hecha girones. La piel podrida de la mujer estaba cubierta en partes por esa repugnante sustancia mucosa que manaba de la tierra.

El pantalón con el que tropezó Víctor anteriormente estaba a un lado del cadáver.

En ese momento, también a mí me flaquearon las piernas.

-mierda, mierda, ¡MIERDA! – gritó Víctor, quien ahora también se veía pálido y al borde de la locura –, sabía que algo andaba mal acá. Lo supe desde que me enredé por primera vez con ese puto pantalón. Lo sabía entonces y lo sé ahora. ¡MIERDA!

-ella – dijo Luis señalando el cuerpo –, ella está muerta, ¿verdad?

-claro que está muerta, ¿o acaso no ves cómo tiene la cabeza totalmente dada vuelta?

- ¿tú también la ves Nicky?

Yo aún no podía pronunciar palabra. Estaba absorto ante la imagen que tenía frente a mí. Sentía que la mujer me miraba, como si tratara de decirme algo. Como si quisiera entrar en mi cabeza y alojarse en mi mente. Por un momento me pareció ver que se movía, pero entonces comprendí que no era ella la que se movía, si no la tierra bajo ella. Fangosa y hambrienta. Llevándosela a sus entrañas como si de arenas movedizas se tratara. Víctor y Luis dejaron su discusión a medias cuando vieron lo que estaba sucediendo. Los tres dimos dos pasos hacia atrás cuando comprendimos que la mujer desaparecería. Quince segundos después no había rastro del cadáver de la mujer, ni de la ropa que estaba a su alrededor. Pero el hedor, la oscuridad y la densidad no se esfumaron, más bien parecieron intensificarse.

Cuando pensamos que todo aquello había terminado, levantamos la cabeza y fue ahí cuando quedamos petrificados y vimos lo

verdaderamente amenazador y terrorífico.

Diez metros más adelante, en medio de dos árboles secos, se erguía una *sombra*. Una silueta deforme de lo que parecía ser un hombre. Una silueta más oscura que la noche, que parecía contorsionarse horriblemente. No se le veían facciones ni se distinguían extremidades. Solo era una Sombra que estaba acechando. Observando. Esperando.

Entre los tres intercambiamos miradas y retrocedimos dos pasos más. Ninguno era capaz de darse media vuelta y echar a correr para alejarnos de aquel infierno. De pronto, como si el aire acondicionado del planeta se hubiera encendido, la temperatura bajó abruptamente y el frío caló profundo en mis huesos. La Sombra seguía en el mismo lugar; encorvándose, acercándose, y luego retrocediendo para quedar donde mismo. Luis preguntó si todos estábamos viendo lo mismo, pero nadie respondió. Supongo que el miedo no nos dejaba hablar. En un instante, la Sombra avanzó dos metros, acortando la distancia entre ella y nosotros.

En ese momento, sentí que unas manos frías y esqueléticas me rozaban la nuca, erizándome los bellos. Fue una sensación repulsiva, y por un instante creí que enloquecería.

-morirán – dijo una voz apagada, como un susurro –, morirán. Desde esta noche, morirán.

De inmediato levanté las manos y tapé mis oídos. Era un susurro que dolía, como si grandes garras rayaran la pizarra de un salón de clases. Como si fuera un taladro arremetiendo contra mis tímpanos, hasta llegar al cerebro. Víctor y Luis hicieron lo mismo y los tres lanzamos un alarido de dolor al unísono. Pero taparnos los oídos no nos sirvió de nada, ya que la voz no provenía desde el exterior, si no que brotaba desde las profundidades de nuestras cabezas como un pensamiento.

-morirán...– repitió La Sombra mientras se acercaba lenta y amenazadoramente hacia nosotros –, morirán, y mi tierra se fertilizará con su carne podrida, que alimentará eternamente a los gusanos que conforman mi ser. Su sangre saciará la sed de esta vieja tierra, que me pertenece tanto como sus sucias almas.

Cada palabra era como una garra desgarrando el sentido común. Ninguno de los tres dejó de gritar. Sentí que los efectos psicotrópicos habían desaparecido en su totalidad. En mi ser solo quedaba espacio para el miedo. No recuerdo haberme sentido tan vulnerable y aterrado en toda mi vida. La Sombra seguía repitiendo una y otra vez aquellas palabras como un mantra infernal.

- morirán, y mi tierra se fertilizará con su carne podrida, que alimentará eternamente a los gusanos que conforman mi ser. Su sangre saciará la

sed de esta vieja tierra, que me pertenece tanto como sus sucias almas.

A medida que se acercaba, el olor nauseabundo se intensificaba, la yerba a sus pies se podría y la temperatura descendía. Traté de echarme a correr, pero las piernas no me respondían, y sentía que la tierra me estaba tragando. Hasta qué, en un sorpresivo segundo, todo se tranquilizó. La voz que resonaba dentro de mi cabeza se calló y la Sombra parecía haberse esfumado. Entumidos y aun así sudando, nos miramos unos a otros con expresiones mortuorias. El miedo se reflejaba en nuestros rostros. El hedor seguía vigente, y cuando miramos hacia el lugar donde estaba la Sombra, esperanzados de que ya no estaría allí, todas nuestras ilusiones se fueron al piso de golpe. La Sombra estaba frente a nosotros, hedionda, a menos de un metro con sus brazos extendidos, como si nos invitara a abrazarla; a unirnos a su repugnante existencia.

En ese momento, Víctor gritó tan fuerte que por un momento pensé que el grito había salido de mi boca.

- ¡NOOOOOO! ¡NOOOOOO!

Y como si los tres hubiéramos despertado recién de un extraño estado de trance: sin decir nada, ninguna palabra, nos dimos media vuelta y comenzamos a correr rápidamente.

Los palos y la leña que habíamos ido a recoger quedaron botadas a los pies de donde en última instancia vimos la Sombra. Después de todo, ya ninguno tenía ganas de hacer una fogata, ni nada. Absolutamente nada en aquel maldito potrero. Corrimos tan rápido como pudimos. Sin mirar atrás. Sintiendo el viento frío en el rostro a cada zancada que dábamos.

Recuerdo que pensaba que La Sombra nos seguía; que si me daba vuelta me encontraría cara a cara con ella, y esta vez no podría escapar. Me tomaría con sus fétidas manos y me arrastraría hasta las entrañas de la tierra como lo hizo con el cadáver de la mujer. Me imaginé siendo abono de un huerto en el infierno, y la comida de gusanos gigantes, hambrientos de carne humana.

Pasamos corriendo por el lugar donde estuvimos sentados compartiendo, y ahí estaban los vasos vacíos. No nos detuvimos, aun sabiendo que quedaba vino en una de las cajas. Lo único que queríamos era salir de ese lugar. Finalmente, llegamos a la línea del tren y solo aminoramos el ritmo para comprobar que el tren no se acercaba. Atravesamos el canal, y por último, la torpe rejilla. Para cuando ya nos encontrábamos afuera, estábamos agitados, sudados y totalmente pálidos.

En silencio recuperamos el aliento y nos recompusimos.

Durante unos cinco minutos, ninguno pronuncio ninguna palabra de lo sucedido, nos habíamos sentado en la vereda en estado de shock y abandonados a nuestros pensamientos. Fue Luis quien rompió el silencio con voz atemorizada y agarrándose la cabeza con ambas manos.

- ¿Qué mierda ha sido todo eso? ¿eh?

-no lo sé... sinceramente no lo sé, y prefiero no hablar de eso – respondí mirando las palmas de mis manos y luego volteando en dirección al potrero. Pero ahí ya no había nada, o al menos, no se veía nada.

-esa... esa mujer era... y estaba... estaba muerta... – dijo Víctor aún medroso –, y la tierra... ¿ustedes también vieron como la tierra se la tragaba?

- ¡Mierda! ¡Claro que lo hemos visto! Si ha desaparecido frente a nuestros ojos.

-y esa sombra...

- ¡YA BASTA! – interrumpí cuando Víctor se disponía a alargar la conversación – ha sido un momento desagradable y repugnante en lo que se suponía que sería una noche agradable. Les agradecería que no habláramos más del asunto – luego agregué –, por favor.

-Nicky – dijo Luis mirándome con seriedad – los tres acabamos de ver algo abominable. ¡POR LA PUTA! ¡Hemos visto a una mujer muerta desaparecer como por acto de magia! Vimos como Víctor tropezó una y otra vez con el mismo pantalón, que luego estaba al lado del cadáver. Y finalmente, vimos esa puta Sombra. O lo que sea que haya sido esa mierda. Y eso no es todo. No sé si lo recuerdas, Nicky. Pero hace unas semanas atras, nosotros tres presenciamos como un grupo de individuos se llevaban a la fuerza a una mujer hacia el potrero. ¡Y NO HICIMOS NI DIJIMOS NADA! Y no se ustedes, pero yo creo que se trataba de ella. Así que, por favor, no nos pidas que no hablemos del asunto. Estamos tan asustados como tú.

-quizás lo alucinamos todo – dije poco convencido de mis palabras.

-no vengas con esas estupideces ¡por dios! – exclamó Víctor casi furioso –. Lo mismo me dijiste cuando tropecé con el pantalón la segunda vez. Insististe en decir que era producto de la alucinación. Pero no. Yo concuerdo con Luis. No sé porque, pero creo que se trataba de aquella mujer. ¿o ahora dirás que eso también fue una alucinación? Tú puedes negarte todo lo que quieras, pero yo sé lo que vi. Y...– hizo una pausa, reflexionando en lo que diría y finalmente concluyó – y también se lo que

oí.

Todos volvimos a quedar en silencio. Supongo que recordamos lo que aquella voz tremebunda nos había susurrado dentro de nuestras cabezas. Y lo que Luis había dicho era verdad.

Unas tres semanas antes de esto sucediera, los tres nos habíamos reunido como de costumbre a beber en el potrero. Mientras estábamos ahí – ya borrachos, por cierto –, presenciábamos como una chica era llevada a la fuerza por cuatro sujetos hacia el interior del potrero. Era de noche y estaba lo bastante oscuro como para perderlos de vista unos cuantos metros más adelante. Sin embargo, los tres vimos como la mujer forcejeaba y escuchamos como gritaba pidiendo ayuda. Suplicando. Aun así, ninguno de nosotros hizo nada por ayudarla. No sé cual fue el motivo, pero ninguno de nosotros hizo ni dijo nada.

Finalmente, terminé reconociendo junto a Luis y Víctor, que lo que habíamos presenciado aquella noche había sido horroroso, y todos coincidimos en que estuvimos a punto de cagarnos del miedo. Luego decidimos alejarnos lo más posible del potrero, y después de una hora en la que estuvimos sentados en una plaza hablando de lo sucedido y escuchando música, cada uno se retiró a su casa para tratar de dormir.

Extrañamente, aquella noche no me costó conciliar el sueño. A decir verdad, con cada minuto que pasaba trataba de convencerme de que solo había sido un mal viaje y producto de una horrenda alucinación. Sabía que había sido real, pero no quería aceptarlo, y digamos que entré en un estado de lo que se puede llamar negación.

Conforme fueron pasando los días, era menos lo que pensaba en lo sucedido aquella noche. Si bien lo recordaba cada vez que pasaba cerca del potrero, también se me asemejaba más a una pesadilla que a algo que realmente pasó. Con Víctor y Luis creo que ocurrió algo similar. Ya que nunca volvimos hablar del tema en ninguna de las incontables ocasiones en que nos volvimos a juntar. Aunque ninguno de los tres se atrevió a volver a poner un pie en aquel potrero.

Seguimos con nuestras vidas como si lo que pasó nunca hubiera ocurrido en verdad. De vez en cuando, soñaba con el cadáver de la mujer, que llegaba a mi cuarto con su cabeza volteada, su sonrisa torcida y su carne pudriéndose; diciéndome que vendría por mí, y luego su cuerpo se cubría de aquella sustancia negra que se la tragó aquella noche. Otras veces soñaba con la Sombra; parada en el umbral de mi habitación con sus brazos extendidos. Su mortífero olor se impregnaba en mí, arrebatándome la vida. Podía ver como alimentaba a los grandes gusanos con mi carne muerta, y como finalmente me arrastraba hasta el potrero. En todas esas ocasiones, despertaba exaltado y sudado, y para cuando llegaba el medio día, ya había olvidado y apartado de mi esa ingrata

sensación.

En otras palabras, todo se había convertido en lo que tanto deseaba desde un principio que fuera. Una pesadilla. Nada más que eso.

Finalmente, después de unas semanas, las pesadillas cesaron y todo parecía haber vuelto a la normalidad. Y así fue hasta hace cinco días atrás. Cuando Víctor, en medio de la madrugada del viernes, me llamó para decirme un lacónico y escueto mensaje.

-la Sombra ha venido por mi... te quiero Nicky.

Y cortó.

Inmediatamente lo llamé de vuelta, pero su celular marcó apagado. Intenté nuevamente y obtuve el mismo resultado. Entonces, probé marcando el número de Luis, quien al segundo tono contestó exaltado.

- ¿también te ha llamado a ti? – me preguntó nervioso.

-sí, y traté de devolverle la llamada, pero me marca apagado.

-yo también traté, y me salta directo al buzón de voz.

- ¿Qué fue lo que te dijo? – le pregunté con la preocupación creciendo en mí.

-dijo que La Sombra había ido por él, y que ninguno de nosotros tendríamos escapatoria – hizo una pausa y suspiró –, luego me dijo que me quería y colgó. ¿a ti te dijo lo mismo?

-casi. Omitió lo de que no tenemos escapatoria.

Hubo un breve silencio hasta que Luis retomó la palabra.

-estoy asustado Nicky... y preocupado por Víctor.

-yo también lo estoy – reconocí –, yo también lo estoy. No entiendo que es lo que está pasando.

Y era verdad. La llamada de Víctor me había sacado de la cama y me había dejado helado.

- ¿Qué crees que deberíamos hacer? – me preguntó con impaciencia y tono suplicante.

-pues considerando que son las tres y treinta de la madrugada, creo que lo mejor es que ambos tratemos de dormir, y mañana temprano vayamos

a casa de Víctor a comprobar que todo esté bien y que solo se trate de una mala broma.

-si – respondió Luis con tono de duda –, creo que tienes razón.

-eso espero.

-Nicky...

- ¿qué pasa Luis?

- ¿no crees que esa cosa haya venido por nosotros, cierto?

-no. No lo creo. Creo que deberíamos descansar e ir a ver a Víctor mañana.

-sí, tienes razón.

-hasta mañana, Luis.

-hasta mañana, Nicky.

Esa noche no volví a dormir.

Cuando llegó la mañana, nos juntamos con Luis a las diez y nos dirigimos a casa de Víctor. Su celular seguía marcando apagado, así que una vez que llegamos, gritamos a su casa por su nombre esperando que alguien saliera. Después del tercer grito, la madre de Víctor se asomó por la puerta. Le preguntamos si Víctor se encontraba en la casa, y nos respondió que no había llegado en toda la noche, que también ellos estaban tratando de comunicarse con él. En ese momento, con Luis nos miramos y nuestros miedos se intensificaron. No le dijimos nada a su madre acerca de la Sombra y la horripilante experiencia que habíamos tenido un mes atrás. Le pedimos que le dijera a Víctor, en caso de que llegara, que nos hablara cuando apareciera. Y por nuestra parte, prometimos avisarle en caso de que supiéramos algo de él antes que ellos. Nos despedimos y nos fuimos de ahí con el estómago apretado.

Pasamos todo el día preguntando al resto de nuestros amigos si alguien había visto a Víctor o sabía algo de él. Pero todas las respuestas eran un rotundo no. A medida que las horas pasaban, la preocupación crecía tanto en Luis como en mí. Ninguno de los dos quería aceptar la idea de las que habían sido las últimas palabras de Víctor.

La oscuridad cayó y aún no teníamos señales de nuestro amigo.

Al día siguiente nos disponíamos a reanudar la búsqueda, cuando un

extraño presentimiento me cruzó por la mente: *el potrero*.

Le comenté a Luis, y me dijo que él había tenido la misma idea, así que acordamos en juntarnos después de almuerzo e ir armados de valor a aquel lugar.

Pero cuando llegamos a la entrada del potrero nos llevamos una desagradable sorpresa.

El lugar se encontraba acordonado por la policía, y había un montón de oficiales en el lugar donde estaba la línea del tren. Carros policiales y una camioneta del servicio médico legal estaban estacionadas fuera de la rejilla, donde había también más oficiales impidiendo el paso a los curiosos. Entonces, sin acercarnos, sin siquiera preguntar qué había pasado, lo supimos. Toda esa gente estaba ahí por Víctor, que se había *lanzado* – según lo que comentaban los policías y personas presentes – a las líneas férreas cuando el tren se acercaba, muriendo trágica e instantáneamente en el lugar.

Con Luis huimos corriendo presos del miedo.

Más tarde, nos enteramos de parte de la familia, que varios de los restos de Víctor presentaban una extraña sustancia negra y mucosa añadida a su piel. Y que ningún forense había logrado explicar que era esa extraña sustancia y de donde provenía, o porque se originaba. Pero nosotros sí lo sabíamos. Y nuevamente, no dijimos nada.

Tras ese largo y terrible día. Con Luis nos separamos para dirigirnos a nuestros respectivos hogares. Estábamos devastados, apenados, impactados y por sobre todo asustados. No podíamos terminar de asimilar la idea de lo terrible que había sido la muerte de Víctor y lo espeluznante que había sido su última llamada.

Habíamos quedado en volver a juntarnos más tarde, para recordar a nuestro amigo y compartir un vino para tratar de ahogar y mitigar la pena.

La noche llegó oscura y silenciosa, la pena no hacía más que crecer dentro de mí. El miedo también iba creciendo gradualmente con la pena, era inevitable. Cerca de las una de la madrugada – hora en que habíamos quedado en juntarnos –, llamé a Luis para avisarle que ya estaba listo, que en cinco minutos saldría en dirección a la plaza a reunirme con él.

Pero Luis no contestó.

Preocupado y sin saber que hacer, comencé a mandarle mensajes y llamarlo cada dos minutos. Al ver que no respondía, me decidí por ir a buscarlo a su casa. Esta vez no iba a dejar que pasaran tantas horas para

hacer algo. Así que me apresuré lo que más pude, salí de mi casa, y corrí hasta llegar a su hogar.

-salió hace poco menos de media hora – me dijo su madre cuando se asomó a recibirme, hizo una mueca de preocupación al verme (supongo que por mi aspecto) y luego dijo – me contó lo que le pasó a Víctor, lo siento mucho, Nicky. Es horrible y lamentable. Su pobre familia debe estar devastada. Yo no sé qué haría si a mi Luis le pasara algo así...

Sin prestarle mucha atención y con el miedo creciendo en mi interior, le pregunté si sabía dónde había ido Luis.

-dijo que iría a reunirse contigo, lo cual es extraño, porque tú estás aquí. También dijo que se iban a emborrachar recordando a su amigo – guardó silencio, como si pensara en que decir y luego agregó -. Por favor, no vayan a tomar allá en ese potrero. Sé cuánto les gusta ir a beber en ese lugar. Pero con todo lo que ha pasado...- guardó silencio nuevamente – en fin, es mejor que no vayan a ese lugar.

-descuidé, hace más de un mes que no vamos a ese lugar – respondí impaciente y cada vez más preocupado – quizás se adelantó y fue solo a la botillería. De todos modos, muchas gracias, señora Jiménez. Nos vemos.

-nos vemos. Y cuídense. No se anden emborrachando por ahí.

Rápidamente, me dirigí a la botillería donde siempre solíamos comprar. Le pregunté al dueño si había visto a Luis, y me respondió que no lo había visto en toda la noche. Regresé a mi casa corriendo tan rápido como pude, marcando una y otra vez el número de Luis, que ahora sonaba apagado. Sin saber que hacer – y con miedo de acercarme solo a aquel potrero, en el que seguramente ahora rondaba el fantasma de Víctor junto con la Sombra y aquella mujer –, me quedé dando vueltas en mi habitación, con miedo de que Luis sufriera el mismo final que Víctor.

Seguí marcando y marcando sin obtener respuestas.

En un ataque de optimismo, pensé que quizás Luis se había ido a casa de su novia y había preferido pasar la pena con ella, decisión que hubiera sido totalmente lógica. Así que me aferré con grandes esperanzas a esa idea, deseando que fuera así. Justo en ese momento, cuando ya eran pasada las tres de la madrugada, mi celular comenzó a sonar. Al levantarlo, vi el nombre de Luis en la pantalla. Enseguida sentí un alivio recorrer mi cuerpo, y me apresuré a contestar.

- ¿hola? ¿Luis? ¿estás bien? Te he estado esperando, incluso fui a tu...

En ese momento Luis me interrumpió, su voz era casi un susurro agonizante, que entre sollozos me dijo.

-La Sombra ha venido por mi...y no hay forma de escapar de ella...te...te quiero Nicky.

- ¡NO! – grité. Pero Luis ya había cortado la llamada.

Asustado y al borde del llanto. Me encerré en mi pieza aterrado por lo que podría suceder. No quería imaginar que sería lo que pasaría con Luis. Y después de lo que había pasado con Víctor, dudaba mucho de que se tratara de una broma. Traté de llamar a Luis, pero tal y como imaginaba, estaba apagado, y así se quedó toda la noche.

Esa noche tampoco pude dormir. Me abofeteaban los recuerdos y los pensamientos de culpa. Pensé en la noche del potrero; en como insistí en que todo eran alucinaciones. En como incité a que siguiéramos caminando. Pensé en la mujer, siendo arrastrada a la fuerza; en sus gritos de súplica, y nos recordé a los tres sin hacer nada. Pensé en el pantalón y en como Víctor desde un principio fue el primero en ser escogido. Pensé en la Sombra, y en todas esas cosas que nos dijo en esos breves segundos. Pensé en la última llamada de Víctor. Pensé en Víctor siendo arrollado por un tren. Pensé en Luis. En la reciente llamada, y en todas las cosas posibles que podían estarle pasando. Y en las imposibles también. Pensé en mí. Pensé en mi novia. Pensé en mi familia.

Pensé en que sería el siguiente.

Junto con la mañana, llegó el sueño, y aunque no quería, me dormí unas cuantas horas, con la sensación de que las pesadillas volverían. Pero la pesadilla llegó para cuando desperté. Eran las cuatro de la tarde del día domingo, y tenía más de veinte llamadas perdidas desde un número desconocido. Eso me hizo despertar del todo. Me senté en la cama y de inmediato recordé todo lo ocurrido las últimas cuarenta y ocho horas. Agarré mi celular, y tras verificar que todas las llamadas eran del mismo número, llamé con la esperanza de que al otro lado estaría Luis, llamándome quizás desde el teléfono de su novia. Pero no era Luis quien habló al otro lado de la línea. Sino una mujer – que tampoco era su novia – a la que se le oía la voz cortada y en sollozos.

- ¿Nicky? – era la mamá de Luis – ¿Nicky eres tú?

- ¿señora Jiménez? – respondí algo aturdido – ¿señora Jiménez, es usted? ¿está todo bien?

-no, Nicky – dijo la mamá de Luis rompiendo en grandes sollozos – nada

está bien –continúo llorando – se trata de mi hijo... ¡oh dios! Mi hijo...

- ¿Qué ha pasado? – pregunté, aunque ya comenzaba a imaginarme la respuesta – ¿Luis está bien?

Más sollozos al otro lado de la línea. Finalmente, un grito desgarrador.

- ¡ESTA MUERTO! NICKY ¡MUERTO! ¡oh dios! ¡mi hijo! – la sangre se me congeló y pensé que me desmayaría en ese instante. La mamá de Luis seguía llorando cuando volvió hablar – que hicieron anoche, Nicky. Necesito que me digas que hicieron anoche. Y por qué dejaste que mi hijo se marchara en esas condiciones.

-señora Jiménez – comencé a decir –, la verdad es que anoche no me vi con Luis – hice una pausa y agregué – lo estuve llamando y esperando. Pero no supe nada de él –dudé un poco en como continuar, pero al final me decidí y pregunté lo que tanto me estaba impacientando – ¿Qué le ha pasado a Luis?

-lo encontraron colgado en uno de los sauces secos que hay en el potrero al que ustedes solían ir – dijo rompiendo en una nueva ola de llanto. Yo sentí que me descompensaba, y de no haber estado sentado, estoy seguro de que las piernas me hubieran fallado y me habría desvanecido hacia el suelo – mi pobre hijo – continuó la mamá de Luis – no lo puedo aceptar.

-lo siento mucho – dije mientras las lágrimas recorrían mis mejillas –, de verdad lo siento mucho – y corté la llamada.

No podía soportar oír a la mamá de Luis llorar de esa forma, sin saber ni entender que había pasado. No soportaba la idea de que yo si sabía lo que estaba pasando. Eso me aterraba. No podía sacar de mi mente a Luis y a Víctor; mis dos mejores amigos, que ahora estaban muertos, acompañando a la mujer, fertilizando y saciando la sed de sangre de aquella tierra maldita; el hambre de aquellos gusanos gigantes que habitaban en ese horrendo ser. Y tampoco dejaba de pensar en sus almas, que ahora pertenecían a la Sombra. Y solo a ella.

morirán, y mi tierra se fertilizará con su carne podrida, que alimentará eternamente a los gusanos que conforman mi ser. Su sangre saciará la sed de esta vieja tierra, que me pertenece tanto como sus sucias almas.

En los días siguientes no salí de mi casa. Excepto ayer, que salí solo para asistir a uno de los funerales.

El funeral de Víctor fue bastante triste, y a cajón cerrado por razones obvias. Asistieron los tíos y primos tanto del lado del padre como de la madre. Había alrededor de veinte personas presentes – contándome –.

Les di mi pésame y les dije cuanto lo sentía. Para cuando estaba llegando el final del entierro y el cajón ya comenzaba a descender, una imagen me apretó el estómago y me hizo temblar de pies a cabeza. Sobre el ataúd, a medida que bajaba, se fue materializando una sombra; La Sombra, bañada por aquella repugnante sustancia negra y mucosa. El hedor de aquella maldita noche volvió con la velocidad de un rayo y el sigilo de un alma, pero al parecer solo yo lo sentía, y solo yo podía ver La Sombra.

Sigues tú, escuché que me decía y luego rio estruendosamente con una carcajada gutural.

Me fui corriendo como un loco de ese lugar, a la vista de todos y sin despedirme de nadie. Cuando llegué a mi hogar, me encerré en mi habitación y no salí ni siquiera para compartir la cena con mis familiares. Estaba agobiado y completamente atemorizado ante lo que pudiera suceder. Fue otra noche en la cual no dormí.

Hoy miércoles, fue el turno del funeral de Luis. No fue muy distinto al de Víctor, salvo que había un poco más de gente.

La ceremonia se realizó como un *deja vu*. Nuevamente les di el pésame a toda la familia, pero esta vez, La Sombra no apareció. Al menos no de momento. Por lo cual me quedé un poco más de tiempo. Hablé un rato con el padre de Luis, y luego con su madre. Esta me dijo algo que yo ya imaginaba pero que por miedo – más que por respeto – no había querido preguntar.

El cuerpo de Luis había sido descubierto colgando de uno de los saucos entre los que se nos había aparecido La Sombra por primera vez aquella noche de invierno. El cuerpo se hallaba cubierto de la misma mucosidad apestosa que el cuerpo de Víctor, y al igual que con Víctor, los forenses no habían sabido dar explicación para aquella sustancia. Solo se habían limitado a decir – muy desatinadamente a mi gusto, y al gusto de los padres de Luis – que esa cosaapestaba como mil demonios. Pero en eso se equivocaban, porque soloapestaba particularmente a uno.

Me despedí de todos y me disponía a marcharme del cementerio. Comencé a caminar en dirección a la salida, cuando por alguna razón que no entiendo me voltee en dirección a la sepultura de Luis, y ahí, parado justo encima de donde había descendido el féretro, se hallaba La Sombra, en una postura que simulaba estar orinando hacia el ataúd de Luis. Traté de apartar la vista, y de inmediato aquella horrible voz habló en mi cabeza y me obligó a mirar fijamente a su dueño.

-pronto te unirás a tus amigos, pequeña rata cobarde. Nadie escapa de mí. Antes de lo que imaginas estarás fertilizando mis campos y alimentando a mis niños. Antes del nuevo día estaré defecando encima de

tus insignificantes restos.

Nuevamente, aquella risa horrisona e insoportable acopló mi cabeza hasta el punto de que pensé que estallaría. El hedor llegó flotando hacia mí, y al cabo de unos instantes que parecieron eternos, todo se difuminó y volvió a la normalidad.

No sé cómo volví a mi hogar. Para cuando reaccioné, solo me faltaban dos calles para llegar a mi casa. No recuerdo haber tomado la locomoción, ni recuerdo cómo fue que salí del cementerio. Solo sé que llegué y que me encerré aterrado, sabiendo que el próximo sería yo.

Me dormí con ese pensamiento en la cabeza y no me abandonó ni siquiera en sueños. Las pesadillas que no tenía hace semanas volvieron más nítidas que en cualquier noche pasada. En ellas, La Sombra me devoraba mientras me encontraba dormido, sin yo poder hacer nada. Cuando sus fríos y fétidos brazos se extendieron hacia mí y me tomaron por la nuca, desperté de un salto; llorando, sudando y horrorizado.

Y la vi ahí. En el umbral de mi habitación. Pestilente y tan negra como la noche en que se nos presentó por primera vez. Y antes de que hablara lo supe.

-esta noche ha llegado tu turno de pagar. Tu alma y cuerpo me pertenecen. Del polvo vienes y al polvo vuelves. Tu muerte es la que traerá la vida.

Expulsó su aliento fétido en mi dirección. Sentí una presencia abrumadora; asesina, malvada y suicida adentrarse por cada poro de mi piel, y supe que tenía que morir; que *merecía* morir. Comprendí por qué Víctor y Luis hicieron lo que hicieron. Y por primera vez, La Sombra mostró su rostro. Y su rostro era el mío, era el de Víctor, era el de Luis, era el de la mujer.

Era el rostro de la muerte pudriéndose lentamente. Sonriéndome.

-solo permíteme despedirme – le supliqué.

La Sombra, con el rostro de Víctor, asintió y desapareció

Y aquí estoy ahora. Medio borracho. Con un cuchillo en una mano y un lápiz en la otra. Escribiendo esto como si fuera parte del delirio de un loco; pero no estoy loco, porque un loco no sabe que merece morir como yo lo sé ahora.

Amor mío, si llegas a leer esto algún día, quiero que sepas que siempre te amé, al igual que a mi querida familia. Lo siento mucho por los padres de Víctor y Luis; que nunca sabrán que es lo que pasó realmente. Lo siento

mucho por la familia de aquella mujer, que aún deben estar buscándola desesperadamente. Lamento no haberla ayudado en sus suplicas. Quizás, de haberlo hecho, las cosas hubieran sido distintas.

Pero no lo fueron.

Y no lo serán.

Ahora, debo marcharme. Debo morir; porque La Sombra vino por mí, y no hay forma de escapar de ella.